

La ciudad es fea, llena de maldad, de envidia:

«Huyo sin saber de mí, con ojos agudos cubiertos de verde,
por la selva incontenible de mis recuerdos más lejanos».

Se refugia en sus recuerdos, «Huye y vuelve». «Toda mañana la vida parece nueva, más unida a la esperanza». Se defiende y no espera nada de nadie. No anhela prematura publicidad ni ostentación política. Martínez Arenas tiene la capacidad para figurar en política y se va a hacer la oscura obra de la organización campesina. Puede figurar y prefiere esconderse. No desea glorias ni dinero mal obtenidos. Es un poeta recio, un alma sensitiva, orgullosa y exigente con su propio destino. Y ese es el tono de su poesía: viril, filosófica, con una ternura áspera, cósmica, que no gustará al que busque amor empalagoso. El poeta en referencia es el arquetipo del chileno, del roto que calla y observa y nada pide. Confía en la suerte, es fatalista. Su ritmo lento, su poesía sin exabruptos, pero profundamente humana; ni el sexo lo saca de su hieratismo. Este hombre sensual, fuerte de cuerpo, no siente el amor apasionado:

«Ensayo (¡oh, agreste costumbre del amor!) atardeciendo
Y eres tú, quién viene a mí, ¡oh! silvestre, estrella virgen,
a encenderme con tu embriaguez y labios de jardín».

En «*Los Huéspedes Iluminados*» saludamos a una nueva modalidad poética, de médula, sin malabarismos inútiles.—L. G.

<https://doi.org/10.29393/At266-20VMGK10020>

27 MUJERES EN MI VIDA. *Memorias*, por Carlos Préndez Saldías.—
Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago.

Tal vez en un ámbito literario o social menos limitado que el nuestro, la publicación de estas memorias amorosas de Préndez Saldías no habría tenido las estruendosas repercusiones que aquí han alarmado los oídos pacatos y no pacatos.

Es natural. No estamos todavía habituados a ruidos que nos suenen en el espíritu—a nuestro parecer—, inarmónicos, intempestivos o desmesurados; y al autor le faltó el justo sentido de las proporciones. Algo descocado y a la vez ingenuo, innecesariamente sincero y majaderamente erótico, el autor de «27 Mujeres en mi Vida» nos cuenta en estas páginas, íntimos episodios cuyo valor estético no compensa la violación que hace a cada paso de los consagrados límites del pudor. ¿Qué ha ganado el poeta bizarro, el poeta bien ponderado, con echar a la curiosidad del mundo, desnudos de discreción o mal ataviados literariamente, hechos que debió guardar en el cerrado santuario de su corazón? ¿Y qué ha ganado el lector con el conocimiento de ellos? Quizá, un mejor conocimiento del poeta, como hombre...

Les falta, a los veintisiete amores de «27 Mujeres en mi Vida», lo específico, lo insólito, lo grande; eso único que pudiese justificar su múltiple y pública existencia. Les falta precisamente lo que, al tenerlo, dejarían de ser veintisiete amores, para quedarse en un solo amor, en el Amor substantivo, intransitivo. Como el Amor de los Amores, de Salomón.

No está mal escrito, sin embargo, este libro. Al contrario. Es que le falta además, la subjetiva unidad del sentimiento que alienta por sobre los sentimientos; esa unidad que podía en todo caso haber realzado espiritualmente la personalidad del autor, fuera del mero marco de lo biológico. Nada hay en todo el volumen que aumente o sostenga siquiera el prestigio literario de quien antaño y hogaño ha escrito bellos versos; y aún, los mismos versos intercalados en estas páginas, siendo también hermosos, nos parecen extemporáneos, indiscretos, desambientados. Como una oración pronunciada en profano lugar.

No supo, el autor de los magníficos Romances de Tierras Altas y Romances de Tierra Baja, romancear aquí su amorosa vida; y en la prosa de estas memorias ella ha quedado simplemente como una cosa románticamente prosaica.—GUILLERMO KOENENKAMPF.